NO PREGUNTES QUIÉN SOY

Care Santos

LUNA ROJA

Un jurado formado por Sebastià Alzamora, Francesc Miralles, Ricard Ruiz, Tina Vallès y Roser Zúñiga ha otorgado a esta obra el 40º. premio Joaquim Ruyra de narrativa juvenil, convocado por Òmnium Cultural con la colaboración de la Fundació Enciclopèdia Catalana

Primera edición: marzo de 2014

www.caresantos.com

Diseño de cubierta: Damià Mathews
Maquetación: Adriana Martínez

Edición: Marcelo E. Mazzanti
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© Care Santos, 2014
© la Galera, SAU Editorial, 2014
por la edición en lengua castellana

la Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95 – 08019 Barcelona
www.lagaleraeditorial.com

Impreso en Liberdúplex
Ctra. BV 2249, Km 7,4
08791 St. Llorenç d'Hortons

Depósito legal: B-1.398-2014
Impreso en la UE
ISBN: 978-84-246-4449-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Janko entra en la habitación. Cierra la puerta. Echa el pestillo. Se quita la chaqueta de piel. Consulta el correo en la pantalla del teléfono. Pone cara de fastidio. Le tiembla una pierna en un movimiento nervioso. Una mano repiquetea sobre sus rodillas, impaciente. Tiene una profunda arruga dibujada en el entrecejo. Respira con agitación. Sus dedos, hábiles, pulsan los resortes necesarios para que en la pantalla aparezca el blanco deslumbrante de un correo electrónico aún por escribir. En el destinatario, Janko escribe: «Marzena». La memoria de la máquina conoce a la receptora y escribe la dirección sin necesidad de que termine de teclearla. En las últimas semanas le ha escrito un montón de mensajes a Marzena. De ella no ha recibido ninguno. Solo de pensarlo, le da un vuelco el corazón. Ahora, de nuevo ante la pantalla en blanco, sus latidos se aceleran. Quisiera decirle tantas cosas. Contarle tantos secretos, tanto dolor, tanta angustia, tanto miedo, tanta soledad. Decirle que nadie ha sido como ella en su vida, ni podrá serlo nunca. Nunca. Contarle que a su lado valdría la pena cambiar, incluso ser otra persona. Hasta que ella apareció de repente nunca se

había enamorado, y ahora ya sabe que no va a volver a hacerlo. Le gustaría pedirle perdón por todo lo que dijo, por todo lo que hizo. Sobre todo por lo que hizo. Se pondría de rodillas ante ella si eso sirviera de algo. Nunca habría podido imaginar que las cosas saldrían así.

En lugar de todo esto, los dedos de Janko recorren el teclado y escriben:

¿Por qué no contestas a mis mensajes, Marzena?
¿Por qué no me das una segunda oportunidad?

Un reproche abandonado en mitad de un paisaje vacío, eso es lo que acaba de escribir. Siente otra vez la punzada de dolor en el corazón. Ahora sus dedos avanzan ágiles, como siempre, y transportan toda su tristeza, todo el desengaño de este momento:

Este es el último mensaje mío que vas a recibir. Al fin he comprendido el significado de tu silencio, y es insoportable. No te preocupes, te entiendo. No merezco ni que me mires. A partir de hoy, ya no te molestaré más. Te escribo para decirte adiós. Mi despedida es para siempre.

Te quiero, Marzena. Desde el día en que te conocí. Te querré siempre, dondequiera que esté. Siempre estarás en mí, del mismo modo que yo estaré en ti de alguna forma cuando me haya ido. No hay nada en el mundo, aparte de ti, de lo que me duela separarme.

Janko no piensa ni un segundo antes de enviar el mensaje. Está acostumbrado a hacer las cosas sin pensar. Su dedo índice pulsa el botón que aparece en la pantalla. «Enviar». Y sus palabras desaparecen. Una lágrima escapa sin remedio. Los latidos son ahora más fuertes, no puede controlarlos.

Un segundo más y piensa: «Ya casi he terminado».

Espera cinco minutos sin hacer nada. Su pierna tiembla con furia, rítmicamente, mientras no aparta la vista de la pantalla del móvil. ¡Cómo le gustaría recibir una respuesta! Un maldito mensaje, solo uno, podría ser decisivo en este momento. Pero no llega nada. El tic tac de la segundera del reloj recorre cinco veces la esfera y la respuesta sigue sin aparecer. Sabe que Marzena no va a responderle. Da vueltas por la habitación, nervioso como un animal acorralado.

Ahora le asalta una nueva duda, que también es la última. No sabe si ponerse o no la chaqueta de cuero. Al final, se la pone. Siempre le gustó esa chaqueta. Le sienta bien. Se la compró con el dinero del primer negocio que hizo con Quim. Era muy cara. Se mira al espejo, se sube la cremallera, sonríe en una mueca amarga. Le gusta la imagen que le devuelve el cristal. Piensa: «Es como si ya no existiera». Tiene los ojos enrojecidos.

Camina hacia la ventana, la abre, saca una pierna, luego la otra. Se queda sentado en el alféizar, con los pies colgando sobre el vacío, como si el mundo fuera una piscina a la que uno no se atreve a arrojarse. El piso donde vive desde hace medio año es un quinto, desde esa altura los transeúntes se ven como habitantes de un mundo en miniatura. A ninguno se le ocurre mirar hacia arriba por si en alguna ventana hay un joven a punto de saltar al vacío. Todos caminan apresurados hacia sus casas. Llevan bolsas de deporte, o la compra. A todos les espera alguien en alguna parte. Todos tienen algo que hacer que merece la pena. Él no tiene nada ni a nadie. Hace mucho tiempo que su vida es un completo desastre.

Janko siente la brisa fría de la noche y disfruta con la oscuridad del horizonte. Aguza el oído por última vez, por si oye el campanilleo dulce de la llegada justo a tiempo de un mensaje. Pero solo el silencio responde a su angustia.

Entonces apoya las dos manos en el alféizar. Igual que hacía de pequeño en las clases de natación, muy lejos de allí, en otra ciudad de otro país, quizá en otra vida. La sensación es la misma que lanzarse a la piscina, aunque solo al principio. Cierra los ojos. Reza una breve oración. Piensa en Marzena por última vez. Salta.

Cae al vacío.

No se arrepiente ni cuando termina la cuenta atrás.

Es su último viaje.

El móvil queda destrozado por la caída, pero Janko sigue aferrado a él.

NADA MÁS IMPORTA

—Bruno, entonces, ¿te encuentras bien?

—Sí.

—Del uno al diez, ¿qué puntuación le darías a tu estado de salud?

—Un nueve.

—Bien. ¿A qué horas sueles tomar la medicación?

—A las diez menos cuarto.

—Después de cenar, entonces.

—Sí.

—¿Y a qué hora sueles acostarte?

—A las diez.

—¿Todos los días?

—Sí.

—¿También los fines de semana?

—Sí.

—¿No sales por ahí, con tus amigos?

—No.

—¿No trasnochas?

—No.

—¿Por qué razón?

—No tengo amigos. Y no me gusta trasnochar.

—¿Qué haces, entonces, los viernes y sábados por la noche?

—Lo mismo que los otros días. Me quedo en la sala de ordenadores.

—¿Y qué haces allí?

—Estudio. Busco cosas en internet.

—¿Qué clase de cosas?

—Cosas que me interesan.

—¿Y te lo pasas bien?

—Mucho.

—¿Te consideras una persona feliz?

—¿Feliz?

—¿No lo eres?

—Sí, puede. No lo sé. Eso de feliz me suena a película cursi. No me quejo.

—¿Duermes de un tirón?

—Sí.

—¿Y te parece que la medicación te ayuda a dormir?

—Claro.

—¿Te despiertas durante la noche?

—No.

—¿Tienes pesadillas?

—No.

—¿Oyes voces que te hablan? ¿Sientes alguna presencia a tu lado?

—No. Con la medicación, no.

—¿Qué crees que ocurriría si dejaras de medicarte?

—No puedo dejar de medicarme.

—¿Por qué no? ¿Qué crees que ocurriría?

—Sería horrible.

—¿Por qué piensas eso?

—Volverían a acosarme.

—¿Quieres decir que volverías a tener alucinaciones?

—Alucinaciones… El doctor Cruz las llamaba así, es verdad. Ya no me acordaba.

—¿Cómo las llamas tú?

—Visitantes.

—Entiendo.

—¿Vais a quitarme la medicación?

—De momento, solo es una posibilidad. Lo estamos estudiando.

—Pero no podéis…

—Por favor, Bruno, no te pongas nervioso. Por ahora solo lo estamos pensando. Tanto el doctor Cruz como yo creemos que sería muy positivo para ti.

—¿Positivo para qué?

—Te hiciste unos análisis de sangre hace tres semanas, ¿te acuerdas?

—Sí. El doctor Cruz me los pidió.

—Lo sé, estoy al corriente. El caso es que algunos valores han salido un poco alterados. Eres muy joven, no es normal que tengas problemas de salud de ese tipo. Pensamos que se debe a la medicación. Llevas muchos años de tratamiento ininterrumpido. Ocho, si no me equivoco.

—Nueve. Comencé a los ocho años.

—¿Lo ves? ¡Es una locura! Pensamos que no hay motivos para continuar así. No queremos que las pastillas acaben siendo un problema.

—Los problemas los tendré si las dejo.

—Ay, Bruno, ¡mira que eres testarudo! Si no lo probamos no lo sabremos nunca.

—Yo sí lo sé. Volverán.

—¿Por qué te empeñas en ser tan negativo?

—¿Por qué no? El que va a volver a pasar por toda esa mierda soy yo.

—Bueno, en realidad no lo sabes. Ha pasado mucho tiempo. Has madurado mucho. Ya no tienes la mentalidad de un niño de ocho años. No debes temer que se reproduzcan los síntomas.

—¿Síntomas? ¿A qué llamas síntomas?

—Es solo una manera de hablar. Síntomas, alucinaciones, episodios psicóticos…

—Visitantes.

—Da igual qué nombre les pongamos. El doctor Cruz y yo pensamos que no volverán.

—Yo sé que sí.

—¿Lo sabes?

—Sí. Lo presiento.

—¿Cómo lo presientes?

—No lo sé. Sé que están ahí, esperando.

—¡Menuda imaginación, Bruno, deberías ser escritor! Bueno, no dramaticemos la situación. No hemos tomado ninguna decisión todavía.

—Dejadlo, por favor. No puedo abandonar la medicación.

—¡Qué disparate! ¡Pues claro que puedes! Solo necesitas un poco de fuerza de voluntad. Al principio te costará dormir, eso seguro. Pero poco a poco lo lograrás. No tengas miedo a intentarlo.

—No tengo miedo a intentarlo. Tengo miedo de lo que pasará.

—Tampoco sabes todo lo que pasará, por mucho que te lo imagines. Venga, chaval, no le des más vueltas. Te prometo que, si es malo para ti, volveremos a medicarte. ¿Te quedas más tranquilo? Siempre estamos a tiempo de rectificar si al final tú tienes razón. ¡Caramba! ¡Pero si ya es la hora! ¡Se me ha pasado el tiempo volando! En fin, Bruno, nos vemos la semana que viene a la hora de siempre, ¿de acuerdo? Ah, y un último consejo: no te obsesiones con esto, vamos. No te pases el rato dándoles vueltas y más vueltas a tus manías, que nos conocemos. Si te obsesionas, entonces por supuesto que volverán los síntomas. Y será culpa tuya. No te quedes tan serio, por favor. ¿Me prometes que me harás caso?

ESPERANDO LA NOCHE

Bruno tiene un pasado del que nunca habla. Con nadie. Hay pocas personas que conozcan su secreto. Iris, su tutora, que además es la directora del centro de menores donde vive, es una de ellas. Ella es distinta: lo toma en serio. Lo conoce desde hace mucho, estaba ahí cuando de niño se despertaba en la oscuridad, bañado en sudor y muerto de miedo. No tenía más que ocho años. A esa edad es imposible fingir. Tal vez por eso Iris nunca ha subestimado sus problemas, ni les ha puesto nombres inventados, irreales. Los conoce mejor que todos esos psicólogos y psiquiatras que le han tratado a lo largo de su vida, siempre con la misma expresión de incredulidad, siempre con esa desconfianza que él reconoce en sus ojos. Iris siente por él un cariño verdadero, profundo. Puede que su tutora sea la única persona en el mundo que lo quiere.

A su madre verdadera nunca la conoció. Iris le dijo que llegó al centro cuando aún era un bebé. Tenía solo seis meses. De su vida antes de ese instante no sabe nada: que lo encontraron recién nacido en la puerta de un hospital, en plena calle —ni siquiera le habían cortado el cordón umbilical— y que le llevaron a urgencias, le alimentaron y le hicieron pruebas para asegurarse de que no había sufrido daños. El juez de guar-

dia decidió que lo trasladaran a un centro de menores mientras trataban de encontrar a su familia. Pero su familia nunca apareció y seis meses más tarde fue trasladado a otro centro, más pequeño, más familiar, más acogedor. Todavía vive ahí, en compañía de once chicos y chicas de todas las edades, y aquí vivirá hasta que cumpla dieciocho años, deje de ser menor de edad y tenga que buscarse la vida, es decir, dentro de algunos meses. He aquí el patético resumen de su existencia.

En este tiempo ha aprendido a no hacer preguntas. Las preguntas solo sirven para amargarnos. Nunca pregunta por qué a él nadie lo adoptó cuando todavía era un bebé. Y tampoco se plantea qué pasará el día que cumpla dieciocho años, sea mayor de edad y la ley deje de protegerlo. No puede hacer nada por cambiar el pasado ni por evitar el futuro, por eso Bruno procura vivir el presente sin pensar en qué hay más allá.

Cuando era pequeño le gustaba imaginar a su madre. Tenía el pelo largo y la piel blanquísima y llevaba zapatos de tacón. Pensaba que estaba en alguna parte, no sabía dónde, y soñaba que la encontraba, de pronto, y que ella le daba un gran abrazo y le besaba en las mejillas y en los párpados, y se iban a un lugar desconocido que llamaban «nuestra casa». De esto hace ya mucho tiempo. Con los años ha tenido que aprender que los sueños no se cumplen y se ha resignado a la realidad: su única casa es el centro y la única persona que lo quiere de verdad es Iris, su tutora, lo más parecido a una madre que jamás ha conocido.

Después conoció a Blanca y a Carlos pero nada cambió. Él

era un niño distinto y Blanca estaba deprimida por todo lo que le había ocurrido. No fue culpa de ellos y tampoco fue culpa suya, ni de nadie. Cada vez que piensa en todo esto Bruno siente una tristeza infinita y le parece que su corazón pesa más, como si fuera una piedra. Una tristeza demasiado grande por las cosas que habrían podido ocurrir pero nunca ocurrieron.

Oye pasos en el pasillo y se apresura a esconder la pantalla que estaba mirando. Pone delante sus deberes de Filosofía, ese dichoso trabajo al que aún no le ha hincado el diente: «*Physis* y *arkhé* en los presocráticos». Hoy no se siente nada motivado. Si supiera que con ello conseguiría algo, mañana se quedaría en la cama, y todos los días, escuchando música, hasta que a su psicólogo se le fuera de la cabeza aquella idea absurda de quitarle la medicación.

—¿Estás bien, Bruno? —pregunta la voz de Iris desde la puerta—. Me ha extrañado no verte en el comedor.

No le apetece hablar.

—No tengo hambre.

La directora lo observa desde el umbral. Frunce el ceño. No termina de creerlo.

—¿Seguro que estás bien? —insiste.

—Seguro. —Bruno esboza una sonrisa poco convincente.

—¿Te has tomado la medicación?

—Ahora voy.

—No te olvides.

—Claro que no. —«Antes me olvidaría de respirar que de tomar esas pastillitas de colores», piensa él, con otra sonrisa de chico encantador.

—De acuerdo. Buenas noches, Bruno.

—Buenas noches, dire.

Iris se aleja por el pasillo. Bruno suspira y vuelve a lo suyo. Desaparece el trabajo de Filosofía. Vuelve a leer las características técnicas de un teléfono móvil de última generación. Frente a sus ojos, una página que anuncia «Los modelos más innovadores de las mejores marcas». Tienen precios astronómicos, pero no importa. Solo trata de decidir cuál de todos le gustaría llevar en el bolsillo, aunque no pueda. Con su paga semanal tardaría años en reunir el dinero que cuesta el modelo que le gusta.

Cuando se cansa de soñar con los ojos abiertos cierra la página, apaga el ordenador y se va a la cama, pasando por la cocina, como de costumbre. Antonia le espera en el pasillo con un vasito de plástico lleno de agua y tres pastillas de colores distintos: amarillo, blanco, azul.

—¿Quieres un vaso de leche? —pregunta la cocinera.

—No, gracias. No me apetece.

—¿Te vas a ir a la cama con el estómago vacío?

—No tengo el estómago vacío. Esto llena una barbaridad —sonríe, socarrón, devolviendo el vaso de plástico.

—Bueno, voy a estar aquí un rato más —dice Antonia, que tiene cara de buena mujer y, además, lo es—. Si te arrepientes y quieres que te caliente un plato de sopa, dímelo.

—No te preocupes, Antonia. Buenas noches.

—Que descanses, cielo.

Antonia lo mira con esa cara lánguida que ponen los adultos cuando están pensando «Dios mío, cuánto has crecido». Antonia es una de las pocas personas que lleva en el centro más tiempo que él.

Mientras se desviste, las últimas palabras de Antonia repiquetean en su cabeza. Deja los vaqueros colgados del cabezal. Mete las zapatillas de deporte bajo la cama, procurando no ver que están agujereadas y hechas un asco. El pijama es del Barça, regalo de Navidad del año pasado, y empieza a estar descolorido. Luego, se mete bajo las sábanas, con los ojos fijos en el sucio techo.

Si le quitan la medicación, no volverá a descansar bien en mucho tiempo, lo sabe.

Se pone los auriculares.

«*I'm waiting for the night to fall*
I know that it will save us all».[1]

Canta una voz masculina, sobre los acordes suaves de un sintetizador.

Bruno piensa: «Caer. Esa es una buena palabra para lo que podría pasarme», y enseguida comienza a sentir los primeros efectos de la medicación. Cinco minutos después, está profundamente dormido, con los auriculares a todo volumen sobre las orejas.

1. Del inglés: *Espero que caiga la noche / sé que nos salvará a todos.*

Diario de sueños de Marzena

Sueño número: 1

Título: Janko y el silencio

Descripción: Janko se cuela por la ventana de mi habitación. Llega hasta aquí escalando la pared, como una lagartija. Tiene las manos sucias de tierra. Apesta, a su paso deja un hedor horrible. Entra. Me mira. Se ríe. Se detiene al lado de mi cama y me observa mientras duermo. Está raro, diferente, pero no sé por qué. No lo veo bien en la oscuridad. Después le oigo decir que quiere quedarse conmigo para siempre, que no quiere perderme. Quiero hablarle, pero no puedo. No me salen las palabras. Me gustaría decirle que no quiero que se quede conmigo. Que ya no lo quiero. Él se queda mucho rato ahí, sin hacer nada. En el sueño no pasa nada en absoluto, pero sé que está a punto de empezar algo terrible. Lo presiento.

Sentimientos que experimento: Me angustia no poder decirle que se vaya. No me da miedo.

Comentarios: No es la primera vez que tengo este sueño. Se repite desde que Janko murió. Siempre me despierto antes de que termine.
Dicen que cuando despiertas sin ninguna razón en mitad de la madrugada es porque alguien te estaba mirando. Desde que Janko murió casi nunca duermo de un tirón.